



En España se está realizando una política de retraso y contención: es un daño a la sociedad.

tierr, porque la mentalidad de compraventa, de relación entre empresa y mano de obra, de sentido del trabajo, de propiedad privada, de utilización del maquinismo, está anclada en una feudalidad pasada por el franquismo. Tampoco puede funcionar, y de hecho no funciona.

**P**ERO el tiempo se nos está agotando. El tiempo no está ni siquiera en relación con nosotros mismos: estamos integrados en un mundo. Ni siquiera se puede decir, en este sentido, que estamos integrados en el mundo de Occidente, al que queremos incorporarnos con nuestra política: no estamos integrados en un mundo donde se interrelacionan, disputan, influyen los tres grandes sistemas dominantes: el del desarrollo occidental, el del desarrollo comunista y el del desarrollo del subdesarrollo, si se puede emplear esta expresión aparentemente contradictoria. Nos estamos quedando atrás de todo y en todo. Tendríamos que correr, y no corremos. Nos encontramos enredados en artículos abstrusos de una Constitución abstracta, en un terrorismo de baja estofa, en discusiones de aldea, en dimes y diretes de partido a partido, en querellitas internas de cada grupo. Es evidente que esto existe también en los grandes países, y desde luego en los pequeños: pero no es lo único, como sucede aquí, ni siquiera lo primordial. Es lo accesorio. En España, este juego mínimo se ha convertido en una sustitución de la verdadera política y de la verdadera urgencia.

**N**OS vamos entregando, en cambio, y cada vez más, a la adoración de la fuerza. Es el recurso de las sociedades empobrecidas. Y, sobre todo, empobrecidas mentalmente. Vamos volviendo a la desconfianza por las ideas y por las palabras, a la estimación de la práctica por el hecho de que exista, a la represión de todo aquello que suponga una adecuación a la dinámica de la vida que trata de producirse por sí misma.

**N**O se ven señales de cambio. Por el contrario, se ven señales de acentuación del poder de la conservación de lo que se tiene. Todo aquello que comenzó a apuntar se reprime, porque se le tiene miedo. Porque otra vez ha ganado en España el partido del miedo.

**T**ODO esto tiene muy mal arreglo. Nos acantonamos, nos encerramos. Cuando se hablaba del "bunker", al principio de esta democracia, se señalaba una minoría de los que estaban perdiendo el poder y se resistían. No se ha reducido el "bunker": se ha ampliado. Se va creando una generación de políticos a la defensiva: perdiendo tiempo porque les parece lo mejor. Se les va a quedar España entre las manos. ■

## EL INFANTICIDIO COMO POLITICA

LoS  
CoNteM  
poRa  
ñeOS

**O**CHENTA y cinco niños murieron en España el año pasado a consecuencia de los malos tratos dados por sus padres. Esto indica probablemente unos cientos de miles de niños que escaparon con vida a los malos tratos. A unos malos tratos, entendámonos, no habituales. Los habituales forman parte normal de la sociedad y se realizan y contemplan con el beneplácito de todos. Hay el bofetón, considerado siempre tan sano, o la suela de la zapatilla en un trasero no masoquista, sino desesperado: la privación del ocio, el encierro. El castigo mental. He oído a una madre decir a su hijo, señalándole un buen perro que le sobrepasaba en altura: "Mira, mira: estos perros son los que se comen a los niños como tú"; y me imaginaba el terror interno de un niño al que se prometía un castigo tan feroz y desmesurado como el de ser mordido, desgarrado y devorado.

Ochenta y cinco niños muertos, una legión de niños heridos, lesionados, encadenados, encarcelados. Es llevar el aborto demasiado lejos. Y es hacer pagar demasiado caro el precio por mantener una familia cristiana, de las que no se divorcian. Nuestros moralistas morbosos señalan siempre el problema de los hijos de padres divorciados, no cuenta el asesinato de niños por padres no divorciados.

Pero nuestros moralistas consideran el castigo como necesario: ayuda a formar ciudadanos para el día de mañana. Una bofetada a tiempo, dicen, evita muchos males. Las bofetadas a tiempo han evitado siempre la creación de sociedades libres de ciudadanos alegres y sonrientes. Los niños prusianos estaban sometidos a la disciplina más férrea y más dura, a imitación de los de Esparta (véase "El joven Thorless"); produjeron luego las peores guerras de este siglo, como los de Esparta en el suyo. No es una casualidad, es una deliberación. En lo que se refiere al terrorismo normal del padre sobre el hijo.

El anormal da estos muertos. Son víctimas tardías de las dificultades para conseguir y utilizar anticonceptivos, del amor repentino, subrepticio y clandestino, de la penalización del aborto. Son víctimas de la no existencia del divorcio. Los niños no queridos, no amados, no deseados: las terribles sorpresas de la ranita miserable.

Todo está planificado así. No es un azar, ni una casualidad: es algo inscrito en nuestra sociedad. Algo que forma parte del pensamiento global de la tozuda, terca, eterna gran derecha española: de las gentes del látigo y la mazmorra. Son no solo víctimas de unos padres, sino que esos padres brutales, esos asesinos nocturnos y solitarios del interior de sus hogares, son víctimas de esa sociedad, de esa mentalidad. De ese plan.

Creemos que se iba a disipar, que una breve luz de razón iba a penetrar en esta densa capa antigua de la tradición del castigo. Ilusiones perdidas. Vuelven cada día, cada día hacen presente su castigo para el ejemplo. Para que la sociedad no se pierda. ■

**POZUELO**